



Hombres pertenecientes a un comando especial de búsqueda registran todos los coches en una de las carreteras de acceso a la capital uruguaya durante una operación antitupamaros.

# URUGUAY EN LA GEOGRAFIA DE LA TORTURA

Hay una geografía de la democracia y hay una geografía del totalitarismo. Paganel, el inefable geógrafo de «Los hijos del capitán Grant», se sorprendía de la geografía que los ingleses enseñan en sus colonias. Inventariar la realidad puede ser, cómo no, un medio para falsificarla. A poca geografía que sepamos, renunciemos ya al nivel de un Paganel, estamos en condiciones de sorprendernos por las distintas geografías establecidas. Pero tal vez ninguna sorpresa tan mayúscula como lo que nos llevamos a poco que cuestionemos la geografía democrática. Bajo los templos consagrados a la Igualdad, la Liber-

tad y la Fraternidad, han crecido los sótanos del terror. Bajo la oratoria democrática que sintetiza las mejores tradiciones de la literatura neoclásica y romántica, se construye el silencio de los sótanos, donde sólo suena el golpe, el grito y el fondo de las monótonas descargas de las máquinas de escribir.

Hay una geografía democrática que pasa por todas las Suizas de este mundo. Uruguay, por cierto, ha sido repetidamente adjetivado como «la Suiza de América», un país dedicado a la ganadería y sus derivados industriales, no muy grande, con una burguesía ilustrada, civilizada, que eligió los

camino del europeísmo en el gran debate cultural entre indigenismo y europeísmo, que dividió la conciencia de las nuevas naciones americanas a raíz de la consolidación de su independencia. Muchos comentaristas políticos aún recurren al tópico de la «tradición democrática» de Uruguay o Chile para justificar el que a pesar de las dificultades por las que pasa el poder burgués, no recurra al borrón y cuenta nueva del golpe militar. ¿Qué es la «tradición democrática»? ¿Qué cara tiene? ¿De qué está armada? Tal vez hemos llamado tradición democrática a la inercia democrática establecida en sociedades

donde no corría peligro el estatuto del poder. Pero la experiencia histórica demuestra que en cuanto corre peligro ese estatuto del poder, y precisamente en nombre de la «tradición democrática», las reglas del juego se endurecen o desaparecen.

A los comentaristas de política internacional les cuesta cambiar de adjetivos. La acuñación de lenguaje y la retirada del lenguaje viejo debería estar supervisada por comités especiales de sordomudos con los ojos grandes y el espíritu portátil. Ha sido ese lenguaje convencional acuñado y en circulación el que nos ha impedido llegar antes a la evidencia

## M. VAZQUEZ MONTALBAN

de que también en los sótanos geográficos de «la Suiza de América» se habían construido las cámaras del terror, que bajo el camuflaje de la geografía democrática había crecido el bosque horroroso de la tortura.

### LA CACERIA DE ROBIN HOOD

El movimiento tupamaro ha venido desarrollándose en Uruguay durante estos últimos ocho años precisamente como una respuesta a esa «inercia democrática», incapaz de resolver la crisis por la que atraviesa el país desde mediados de la década de los años cincuenta. La estabilidad política del país había cuajado sobre sus exportaciones de carne y productos ganaderos derivados (lana y curtidos). El producto de las tasas a la exportación había permitido al Gobierno uruguayo ahorrar a sus administrados la carga del impuesto directo, le había permitido crear un sistema de seguridad social correctísimo, le permitía además mantener una legión de funcionarios que por una parte paliaban los efectos del desempleo por la débil industrialización y por otra parte creaba una casta políticamente estabilizada. Uno de cada cinco uruguayos o es pensionista (la jubilación comienza a los sesenta años) o es funcionario. Además, el país contabiliza unos 256.000 estudiantes, porcentaje record en América Latina.

Este paraíso de la carne congelada y de las fibras naturales fue brutalmente sacudido por la competencia de otras naciones ganaderas y de las fibras sintéticas. Su casta dirigente no supo contarrestar o equilibrar los efectos de esta competencia, y a partir de 1955, y sobre todo de 1960, el país ha entrado en plena época de vacas flacas. El predominio de la ganadería, incontestado hasta el momento de la crisis, ha creado una situación catastrófica para la agricultura, oscilante entre el latifundio y el minifundio, sin mecanizar y poco protegida por una política crediticia.

La facilidad con que la casta dirigente conservaba la proporción de sus beneficios y garantizaba una prosperidad media integradora, condicionaba una cierta repugnancia hacia el esfuerzo industrializador. Cortesanos y refinados, latifundistas y ganaderos, vigilaban las fincas desde Montevideo a la sombra de las pirámides políticas de los dos partidos tradicionales: blancos y colorados. El resultado electoral estaba garantizado en parte por el poder integrador del sistema y en parte por la supervivencia semifeudal del vasallaje electoral de la población campesina. Tal vez he abusado del lenguaje elíptico y podía haberme ahorrado toda la frase anterior diciendo que el caciquismo garantizaba el final feliz de toda clase de elecciones.

Sobre el fondo de este equilibrio crecía una izquierda bas-

tante característica de los países latinoamericanos «democráticos». Una izquierda parlamentaria o parlamentarista, matiz diferencial



Dan Mitrione, experto en seguridad de la CIA, secuestrado el 31 de julio de 1970 y muerto algún tiempo después por los tupamaros.

que tiene su aquél. El movimiento tupamaro surge en este contexto precisamente para poner en cuestión la calma chicha aparente, demostrar las contradicciones del «status» y lo frágil del aparente «consensus». El movimiento se basa en las primeras evi-

dencias asumidas de que el país está en crisis y de que el sistema político está hecho a la medida de una égloga pastoral y no del poema épico que el país necesita para enfrentarse a las condiciones de su subdesarrollo.

Los tupamaros basaron su actuación en un constante juego de poner en entredicho las verdades establecidas. Sacaban la manfa que cubría las corrupciones y denunciaban los pactos que unían a las oligarquías agrarias y financieras con el poder. El movimiento tupamaro estaba fundamentalmente constituido por los que Marx había bautizado de «miembros desafectos de la clase burguesa», es decir, burgueses universitarios culturalizados que habían llegado a la evidencia revolucionaria por los caminos del análisis crítico y de la constatación de las tremendas desigualdades encubiertas hasta entonces por la beneficencia semifeudal de los dueños de la caña nacional.

Los tupamaros se convirtieron para muchos en una formalización más de la «vía revolucionaria violenta», como una expresión del castro-guevarismo. Pero para los más siguieron siendo durante mucho tiempo la versión moderna y «socializada» del mito del bandido generoso. Las acciones de los tupamaros parecían tan inspiradas en los teóricos de la guerrilla urbana como en las aventuras de Pimpinela Escarlata, de la Baronesa D'Orcy. A los ojos de todo el mundo demostraban

La Policía recoge el cuerpo de un tupamaro muerto a tiros en Montevideo.



# URUGUAY

tanto su facilidad de movimientos como la torpeza del poder en las represalias. Esa facilidad de movimientos se basaba en una amplísima red de cómplices que iba desde la izquierda generalizada hasta altos cargos incrustados en el aparato del poder.

A medida que crecía el desafío tupamaro y se agravaba la crisis político-económica, el poder recurrió a elementos inseparables en la conservación de las «tradiciones democráticas»: los agentes de la CIA. Los tupamaros no planteaban una batalla en campo abierto, y, por lo tanto, sobraban los «rangers», que en Bolivia habían abatido al «Che». Frente a los tupamaros se precisaba una acción subterránea policial que requería el concurso de técnicos en seguridad de la CIA. A partir de este momento, la batalla se endurece por la alianza implícita entre los intereses de la casta dominante y los del Departamento de Estado. En este contexto se produce la detención de Mitrone, experto en seguridad de la CIA, y su ejecución por parte de los tupamaros.

La audacia de los guerrilleros no tiene otros límites que el desconcierto del poder. Y frente a esa audacia no queda otra opción que una dictadura directamente represiva o un sistema de poderes combinados, que sin necesidad de instaurar la dictadura represiva, la practique.

## UN «TEST» ELECTORAL

En esta situación se planteó la reciente consulta electoral. Dejaba el poder el Presidente Pacheco Areco, que había intentado superar la crisis que avanzaba al trote por una inflación que avanzó al galope. Su heredero, Bordaberry, ganaba por escasa mayoría y necesitaba un acuerdo expreso con el Partido Blanco para dominar la Cámara y arrancar la declaración de un estado de excepción que permitiera iniciar una cacería sistemática de los tupamaros. Por primera vez se había presentado una opción real al bipartidismo de blancos y colorados. El Frente Amplio, dirigido por el general Seregni, coaligaba a fuerzas equivalentes a la Unidad Popular de Allende y parecía ser la única posibilidad de liquidar el expediente tupamaro. De haber ganado las elecciones el Frente Amplio, gran parte de los soportes de los tupamaros se habrían dado por políticamente satisfechos y esperanzados, y el



Gráfico explicativo de una espectacular evasión masiva de tupamaros.

sector izquierdista del movimiento no habría tenido otra opción que quedarse a la expectativa, como tuvo que hacerlo el MIR chileno.

Pero tanto blancos como colorados basaron su campaña electoral en atemorizar a los uruguayos sobre las consecuencias de una victoria marxista. A pesar de las protestas de independencia de Seregni, la identidad tupamaros-Frente Amplio fue instrumentalizada por las derechas. La victoria de Bordaberry no dejaba, pues, otra salida que la entronización de un poder fuerte que ni los políticos blancos ni colorados estaban en condiciones de garantizar. Fue entonces cuando se declaró el «estado de guerra interno» y cuando la dirección de la represión pasó a manos de las fuerzas conjuntas del Ejército y la Policía.

El balance de esa represión está a la vista. Día tras día empiezan a caer guerrilleros tupamaros. Tan misteriosa como parecía antes su habilidad de movimientos, aparece ahora su torpeza. La diferencia entre la habilidad y la torpeza estriba en las prerrogativas que la represión se reserva en los sótanos de la democracia. En la presente situación de «estado de guerra interna» la prensa no puede airear noticias de detenciones ilegales, torturas y ajustes de cuentas, sino las recoge en boca de los diputados, únicos ciudadanos que conservan la inmunidad.

Los medios informativos controlados por blancos o colorados colaboran en la ley del silencio sobre estos hechos, y la prensa izquierdista padece las consecuencias del estado de guerra. Las camionetas recorren las calles de las ciudades en busca de sospechosos. El terror se ha convertido en una presencia ubicua en la vida uruguaya. Los detenidos desaparecen, a veces para siempre; otras, para reaparecer meses después, cuando de sus cuerpos ya se han borrado las huellas de la tortura. En estas condiciones es relativamente fácil desmontar el movimiento tupamaro. Pero hay síntomas de que la operación no termina ahí. Recientes denuncias demuestran que la acción de las fuerzas conjuntas y del «escuadrón de la muerte» apunta no sólo al tupamarismo, sino a militantes destacados de las fuerzas políticas que configuraron el Frente Amplio. Con la excusa de sus conexiones con tupamaros, la purga de comunistas, socialistas y católicos de izquierda parece ratificar las mejores tradiciones sobre las limpiezas domésticas: ya que te has puesto a limpiar, limpia a fondo.

Se teme, pues, que la prórroga del «estado de guerra interno» sirva para facilitar el camino a la brasileñización de la política uruguaya. Los testimonios cruzan las puertas estrechas y llegan a la Cámara de Diputados. Allí se ha denunciado que se encapucha sistemáticamente a los detenidos

para que no sepan a dónde son conducidos y que la tortura funciona como práctica habitual para arrancar confesiones. Allí se ha denunciado que la «burocracia del terror» se ha convertido en un poder paralelo que escapa incluso a las intenciones y conocimientos de altos jefes militares y políticos. El diputado Arismendi declaraba:

*"Tengo amigos y parientes militares y conozco a militares de todas las tendencias, porque en este país nos conocemos todos. No es esa la moral de los militares uruguayos, la de disparar tiros por la nuca a obreros indefensos, rematar en el suelo a gente indefensa, dejar desangrar durante horas a una persona".*

El Ejército y la Policía han rechazado sistemáticamente estas acusaciones, y cuando no ha habido más remedio que asumir la evidencia de denuncias concretas, ha traspasado la responsabilidad de la tortura a los «elementos incontrolados». Pero se aprecia, por otra parte, una cierta parálisis del poder político frente a la actualización de un poder represivo paralelo. El diputado Rodríguez Camuso resumía así la situación:

*"... Todos los señores legisladores que han hablado —y sin duda alguna todos los que no lo han hecho— han expresado o han sentido su horror, su repudio, su repugnancia ante las torturas. Pero esto ya ocurrió antes. Hace más de un mes se denunciaron torturas... ¿y qué respuesta se ha dado? ¿Qué solución ha habido? ¿Han ido los ministros a ver cómo están esos confinados de Punta de Rieles y cómo los tratan? ¿Han ido a la Carlos Nery a hablar con las detenidas, a escucharlas y, sobre todo, a ver las condiciones en las que se hallan internadas? ¿Han concurrido a los lugares concretos donde se tortura, según las denuncias que se han formulado? ¿Han corrido al Hospital Militar a ver si están todavía frescas las huellas en los cuerpos de los torturados?"*

La unidad política entre blancos y colorados se revela como una mera cortina política para ocultar quién está representando realmente este drama de horror a escondidas del público. Cuando los golpes en sitios estratégicos o las descargas eléctricas o el terrorismo verbal (amenaza de violaciones, castraciones, violencia contra familiares) no surten efecto, se recurre incluso al pentolal o

a drogas semejantes para alcanzar declaraciones en estado de inconsciencia. Estas declaraciones no se buscan para encausar a los detenidos, sino para llegar a la delación de sus camaradas. Las fuerzas conjuntas van recogiendo elementos y van deteniendo. Cuando los jueces decretan la libertad del encausado por falta de pruebas, en la puerta del Juzgado le espera el «jeep», y vuelve a empezar el viaje por los sótanos de la democracia, mientras los políticos en el poder han encargado urgentemente una remesa de amplios y cómodos trajes de avestruz.

#### ¿Y EL PODER JUDICIAL?

Si el poder político aparece impotente o cómplice interesado, ¿qué puede hacer el poder judicial? En cualquier sistema de gobierno, la coartada del poder judicial se sostiene, todo lo precariamente que sea, para relativizar un tanto la arbitrariedad de la fuerza bruta. Una muchacha fue detenida en la ciudad de Mercedes y el juez no vio motivo de encausamiento. Se trasladó a Montevideo para continuar sus estudios, y en la pensión donde residía habitualmente la estaban esperando dos policías. Olga Kranarenko fue trasladada a la Jefatura, obligada a desnudarse en presencia de un agente femenino y varios policías masculinos. Después se le revisó la documentación, y comenzaron los insultos cuando le encontraron un carnet del partido comunista (legal) y una foto del «Che». La hicieron pasar junto a dependencias donde los torturados aullaban. Finalmente, la llevaron a la cámara de tortura, y su relato sustituye con ventaja cualquier aproximación lírica que yo pueda hacer:

*"Eran dos o tres los torturadores, mujeres, y dos o tres hombres también. Aparte había unos celadores que más o menos eran cinco, con uniforme unos y otros sin él. Cuando entré, me pararon en una 'X' marcada en el piso y me hicieron sacarme el saco. Luego, los buzos, hasta terminar por sacarme toda la ropa. Me pusieron un especie de trapos en las manos, más precisamente en las muñecas y luego en los pies; luego me ordenaron que me sentara. Me ordenaron que estirara los pies y después me dicen: 'Acuéstate'. Después que me hube acostado en el piso de baldosas —el*

*piso estaba frío— me empezaron a poner una especie de cadena —me parece por el ruido— en los pies y en las manos. Quedé atada de tal forma, con los pies estirados y los brazos extendidos, que me senti en el aire. Me tendieron algo húmedo por arriba, como un trapo, y empezaron a pasarme algo que me producía una sensación como de cosquilla por todo el cuerpo. Como algo que me quemaba. Después me di cuenta de que era algo como electricidad. Corrían el trapo húmedo y me lo pasaban por todo el cuerpo. Por los brazos, por las piernas, por los senos... Después de haberme pasado la electricidad durante un rato bastante largo, me golpearon, siempre estaqueada. Cada vez sentía más dolor. Tenía calambres en todo el cuerpo. Tenía problemas para respirar, tenía ahogos. Me había producido una especie de agitación; entonces me pegaron un golpe, primeramente en el estómago. A mí me pareció que fue con algo de madera. Me pegaron también otro cerca de la vagina, y otro nuevamente en el estómago, y que me produjo un desmayo..."*

Días después, en el intervalo de uno de sus brutales interrogatorios, Olga Kranarenko preguntó a uno de sus torturadores si estaba detenida por la Justicia o por la Justicia Militar.

*"¿El juez? El juez es otro compinche de ustedes y te daría la libertad".*

Ni siquiera la garantía del poder judicial. Cuando un país cruza la sutil frontera que separa la geografía democrática de la geografía de la tortura, el poder del sótano llega a hacerse no sólo independiente, sino también prácticamente incontestable. Y a medida que la situación se sostiene es más difícil superar esa extraña relación amo-criado entre el poder del templo carcomido y el poder del sótano inexpugnable. Uno y otro terminan viviendo de la misma sangre, unidos por el nexo de la barbarie practicada o tolerada, temiendo por igual la luz del día, y en ese temor, los habitantes del templo del poder democrático cierran ventanas, las atrancan, hasta que llega el día en que templo y sótano forman un todo indeferenciado, una vida única, y, como en la parábola de Mr. Jekyll y Mr. Hyde, la vida de la bestia es la agonía del ángel, y la muerte de la bestia, la muerte del ángel. ■ M. V. M.

## Estará a la venta la próxima semana

DESMADRE  
NO HAY MAS  
QUE UNO



el del número extraordinario de  
**HERMANO LOBO**  
semanario de humor dentro de lo que cabe